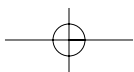
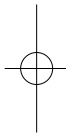
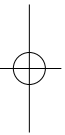


...como la lechuza,  
cuando de día aparece.

Shakespeare, *Enrique VI*



El autobús estaba a punto de arrancar, retumbaba sordamente entre repentinos carraspeos y sollozos. La plaza estaba silenciosa en el gris del alba, hilachas de niebla entre los campanarios de la Matrice: sólo el retumbar del autobús y la voz, implorante e irónica, del vendedor de tortas, «tortas calientes, tortas». El cobrador cerró la puerta, el autobús arrancó con un fragor de chatarra. El último vistazo que el cobrador echó a la plaza captó al hombre vestido de oscuro que llegaba corriendo; el cobrador le dijo al conductor «un momento» y abrió la puerta con el autobús todavía en marcha. Se oyeron dos disparos desgarrados: el hombre vestido de oscuro, justo cuando iba a saltar al estribo, quedó suspendido por un instante, como si una mano invisible le tirase del pelo; se le cayó la cartera de la mano y, lentamente, sobre la cartera se desplomó.

El cobrador blasfemó: se le había vuelto la cara del color del azufre, temblaba. El vendedor de tortas, que estaba a tres metros del hombre que había caído, comenzó a alejarse, moviéndose como un cangrejo, ha-

cia la puerta de la iglesia. En el autobús nadie se movió, el conductor estaba como petrificado, la mano derecha sobre la palanca del freno y la izquierda sobre el volante. El cobrador miró a todas aquellas caras que parecían caras de ciegos, sin mirada; dijo: «le han matado», se quitó la gorra y comenzó a pasarse frenéticamente la mano por el pelo; volvió a blasfemar.

–Los carabineros –dijo el conductor–, hay que llamar a los carabineros.

Se levantó y abrió la otra puerta.

–Ya voy yo –le dijo al cobrador.

El cobrador miraba al muerto y después a los viajeros. Había también mujeres en el autobús, viejas que todas las mañanas cargaban sacos de tela blanca, pesadísimos, y cestas llenas de huevos; sus ropas desprendían olor a alholva, a estiércol, a leña quemada; acostumbraban a lamentarse y a imprecicar, ahora estaban en silencio, los rostros como desenterrados de un silencio de siglos.

–¿Quién es? –preguntó el cobrador, señalando al muerto.

Nadie respondió. El cobrador blasfemó, era un blasfemo famoso entre los viajeros de aquella línea, blasfemaba con inspiración; ya le habían amenazado con el despido, pues era tal su afición a la blasfemia que ni hacía caso de la presencia de curas y monjas en el autobús. Era de la provincia de Siracusa, en materia de asesinatos tenía poca experiencia: una estúpida provincia, la de Siracusa; por eso blasfemaba con más furor que de costumbre.

Llegaron los carabineros, negra la barba y negro de sueño el brigada. La aparición de los carabineros resonó como una alarma en el letargo de los viajeros: y, detrás del cobrador, por la otra puerta que el conductor había dejado abierta, comenzaron a bajar. Con aparente indolencia, dándose la vuelta como si buscaran la distancia adecuada para admirar los campanarios, se iban alejando hacia los bordes de la plaza y, después de una última mirada, se escabullían. El brigada y los carabineros no prestaban atención a aquella lenta fuga dispersa. Alrededor del muerto había ahora unas cincuenta personas, los obreros de un taller-escuela, a quienes les parecía mentira haber encontrado un argumento tan bueno con el que arrastrar el ocio durante ocho horas. El brigada ordenó a los carabineros que despejaran la plaza y que hicieran volver al autobús a los viajeros; y los carabineros empezaron a empujar a los curiosos hacia las calles que daban a la plaza; empujaban y pedían a los viajeros que fueran a ocupar sus asientos en el autobús. Cuando la plaza se quedó vacía, vacío quedó también el autobús; sólo el conductor y el cobrador estaban en él.

—¿Es que hoy no viajaba nadie? —preguntó el brigada al conductor.

—Alguien había —contestó el conductor con expresión desmemoriada.

—Alguien —dijo el brigada— quiere decir cuatro, cinco, seis personas: yo no he visto nunca salir a este autobús con un solo asiento vacío.

—No sé —dijo el conductor, estrujándose la mente

en su esfuerzo por recordar-, no sé: digo alguien por decir; claro que no eran cinco o seis, eran más, puede que el autobús estuviera lleno... yo no miro nunca la gente que hay: me siento en mi sitio y adelante... Sólo miro a la carretera, me pagan por mirar a la carretera.

El brigada se pasó por el rostro una mano tensa por los nervios.

-Entendido -dijo-, tú solamente miras a la carretera; pero tú -y se volvió enfurecido hacia el cobrador-, tú cortas los billetes, coges el dinero, das el cambio: cuentas las personas y las miras a la cara... Y si no quieres que te lo haga recordar en el calabozo, me vas a decir ahora mismo quién estaba en el autobús, por lo menos me vas a decir diez nombres... Hace tres años que estás en esta línea, desde hace tres años te veo todas las tardes en el café Italia: conoces el pueblo mejor que yo...

-Mejor que usted nadie puede conocer el pueblo... -dijo sonriendo el cobrador, como protegiéndose con un cumplido.

-Está bien -dijo el brigada sonriendo con malicia-, primero yo y después tú, está bien... Pero yo no estaba en el autobús, porque me acordaría de los viajeros que había uno por uno; así que te toca a ti, por lo menos a diez me los tienes que nombrar.

-No me acuerdo -dijo el cobrador-, por el alma de mi madre, no me acuerdo; en este momento no me acuerdo de nada, me parece que estoy soñando.

-Yo te despierto, vaya si te despierto -se enfureció el brigada-, con un par de años en el calabozo verás

como te despierto... –pero se interrumpió para ir al encuentro del juez municipal, que llegaba.

Y mientras informaba al juez sobre la identidad del muerto y la huida de los viajeros, mirando al autobús tuvo la sensación de que algo estaba descolocado o que faltaba: como cuando una cosa de pronto se echa de menos entre nuestros hábitos, algo que, por el uso o por la costumbre, se detiene en nuestros sentidos y deja de llegar a la mente, pero cuya ausencia genera un pequeño hueco de extravío, como una intermitencia de luz que nos exaspera; hasta que la cosa que buscamos de pronto vuelve a cuajar en la mente.

–Falta algo –dijo el brigada al carabinero Sposito, quien, con su diploma de contable, era la columna principal del cuartel de los carabineros de S.–. Falta algo, o alguien...

–El vendedor de tortas –dijo el carabinero Sposito.

–¡Santo cielo: el vendedor de tortas! –dijo exultante el brigada, y pensó que en las escuelas patrias «no se lo dan al primero que llega, el diploma de contable».

Enviaron a un carabinero a la carrera para atrapar al vendedor de tortas; sabía dónde encontrarlo, pues tras la salida del primer autobús solía ir a vender sus tortas calientes al atrio de las escuelas elementales. Diez minutos después, el brigada tenía ante sí al vendedor de tortas: el rostro de un hombre sorprendido en su sueño más inocente.

–¿Estaba él? –preguntó el brigada al cobrador, señalando al vendedor de tortas.

–Estaba –dijo el cobrador, mirándose un zapato.

–Por lo tanto –dijo con paternal dulzura el brigada–, esta mañana tú, como de costumbre, has venido aquí a vender tortas; con el primer autobús de Palermo, como de costumbre...

–Tengo licencia –dijo el vendedor.

–Lo sé –asintió el brigada elevando al cielo unos ojos que imploraban paciencia–, lo sé y no me importa nada tu licencia; quiero saber una sola cosa, me la dices y te dejo ir a vender tus tortas a los niños: ¿Quién ha disparado?

–¿Entonces... –preguntó el vendedor de tortas, estupefacto y curioso–, es que han disparado?

–Sí, a las seis y treinta; desde la esquina de Via Cavour, dos disparos de *lupara*,\* quizá del calibre doce, o puede que de una escopeta con cañones recortados... De los que estaban en el autobús ninguno ha visto nada: un trabajo de chinos saber quién estaba en el autobús, cuando he llegado ya se habían escabullido... Uno que vende tortas se acordó, aunque después de dos horas, de haber visto en la esquina de Via Cavour con la plaza Garibaldi algo parecido a un saco de carbón apoyado en el cantón de la iglesia, y que de ese saco de carbón han salido dos fagonazos, eso dice; ha hecho una promesa a santa Fara de un costal de garbanzos, pues de milagro no

\* La *lupara* es la escopeta característica de la delincuencia siciliana, originalmente utilizada por los campesinos para enfrentarse al lobo, *lupo*. (N. del T.)

le han llenado de plomo, eso dice, de tan cerca como estaba del blanco... El cobrador no había visto ni siquiera el saco de carbón... Los viajeros, los que estaban sentados en el lado derecho, dicen que los cristales de las ventanillas parecían esmerilados de tan empañados, y a lo mejor es verdad... Sí, presidente de una empresa de la construcción, una pequeña cooperativa, al parecer no habían conseguido nunca contratar por un importe superior a veinte millones, pequeñas parcelas de casas populares, alcantarillados, carreteras comarcales... Salvatore Colasberna, Colasberna; trabajaba de albañil, hace diez años montó la cooperativa con dos hermanos suyos y otros cuatro o cinco albañiles del pueblo; dirigía los trabajos, aunque como director figuraba un aparejador, y llevaba la administración... Iban tirando: se contentaban, él y los socios, con una pequeña ganancia, como si trabajasen de asalariados... No, no parece que hicieran obras de las que se deshacen con las primeras lluvias... He visto una casa de labranza, recién construida, venirse al suelo como una caja de cartón porque una vaca se había restregado contra ella... No, la había construido la empresa Smioldo, una gran empresa de construcción: una casa de labranza derribada por una vaca... Me dicen que Colasberna hacía cosas sólidas; y la verdad es que aquí está la Via Madonna di Fatima, hecha por su cooperativa, que con todos los coches que pasan por ella no se ha hundido ni un centímetro; y hay otras calles, que han hecho empresas más grandes, que des-

pués de un año parecen jorobas de camello... Tenía antecedentes penales, sí: en mil novecientos cuarenta... aquí está, cuarenta, tres de noviembre del cuarenta... Viajaba en autobús, se ve que con los autobuses estaba gafado..., y se hablaba de la guerra en la que nos habíamos metido en Grecia; uno dijo «dentro de quince días nos la chuparemos», quería decir a Grecia; y Colasberna va y dice «¿pues qué, es un huevo?». En el autobús había un *milite*:\* le denunció... ¿Cómo?... Perdona, usted me ha preguntado si tenía antecedentes penales, yo con los papeles en la mano le digo: los tenía... Está bien: no tenía antecedentes penales... ¿Fascista, yo? Pero si yo cuando veo el *fascio* hago algún conjuro... Sí, señor, a sus órdenes.

Colgó el teléfono con exasperada delicadeza y se pasó el pañuelo por la frente.

—Éste ha sido partisano —dijo—; ya sólo me faltaba que me tocara uno que ha sido partisano.

Los dos hermanos Colasberna y los otros socios de la cooperativa de construcción Santa Fara esperaban la llegada del capitán: estaban sentados en fila, vestidos de negro, y los dos hermanos con negros pañolones esponjosos, las barbas sin afeitar, los ojos enrojecidos. Esperaban en una sala del cuartel de los carabinieri de S., inmóviles, los ojos fijos en una diana

\* Miliciano, perteneciente a la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale, una organización paramilitar fascista. (*N. del T.*)

de colores pintada en la pared y en el cartel que decía «lugar para descargar las armas». Se morían de vergüenza por el sitio en el que se encontraban y por la espera. La muerte no es nada comparada con la vergüenza.

Alejada de ellos, sentada en el borde de una silla, había una mujer joven; había llegado después de ellos, quería hablar con el brigada, eso le había dicho al guardia de la entrada. El guardia de la entrada le dijo que el brigada estaba ocupado, que iba a llegar el capitán, y que estaría ocupado; ella dijo «esperaré» y se sentó en el borde de la silla, y le ponía a uno nervioso mirarle las manos de tanto como las movía. La conocían de vista, era la mujer de un podador que no era del pueblo: había venido después de la guerra desde el vecino pueblo de B. para establecerse en S., donde se había casado y, entre la dote de la mujer y el trabajo, se le consideraba, en el pueblo pobre, un acomodado. Los socios de la cooperativa Santa Fara pensaban «se habrá peleado con el marido y viene a dar parte», y era el único pensamiento con el que se distraían de la vergüenza que sentían.

Se oyó un automóvil que llegaba al patio y apagaba el motor, después una serie de taconazos a lo largo del pasillo: y el capitán entró en la sala donde esperaban los hombres mientras el brigada abría la puerta de su despacho y en su saludo se erguía con la cabeza tan alta que parecía que quisiera escrutar el techo.

El capitán era joven, alto y de tez clara; nada más

pronunciar sus primeras palabras los socios de la Santa Fara pensaron «continental», con alivio y desprecio al mismo tiempo; los continentales son atentos pero no entienden nada.

Se sentaron de nuevo en fila delante del escritorio, en el despacho del brigada: el capitán sentado en la silla de brazos del brigada, el brigada de pie; y, a un lado, sentado ante la máquina de escribir, estaba el carabinero Sposito. Tenía un rostro infantil, el carabinero Sposito: pero los hermanos Colasberna y sus socios sintieron ante su presencia una mortal inquietud, el terror de la despiadada inquisición, de la negra simiente de la escritura. *Campiña blanca, simiente negra: el hombre que la hace, siempre la piensa*, dice la adivinanza de la escritura.

El capitán dijo unas palabras de condolencia y se excusó por haberlos convocado en el cuartel y por su retraso. Volvieron a pensar «continental, qué educados son los continentales», pero no perdían de vista al carabinero Sposito, que estaba, con los dedos levemente apoyados sobre las teclas de la máquina, quieto y atento como el cazador que, con el dedo en el gatillo, espera a la liebre en el claro de luna.

–Es curioso –dijo el capitán, como si continuase un discurso interrumpido– cómo se desahogan en esta tierra con cartas anónimas: nadie habla pero, para nuestra suerte, quiero decir la de nosotros los carabineros, todos escriben. Se olvidan de firmar, pero escriben. Con cada homicidio, con cada hurto, hay una decena de cartas anónimas que llegan a mi mesa; in-

cluso me escriben a propósito de querellas familiares y sobre quiebras fraudulentas; y sobre los amores de los carabineros... –sonrió al brigada quizás aludiendo, pensaron los socios de la Santa Fara, al hecho de que el carabinero Savarino se acostaba con la hija del estanquero Palizzolo: todo el pueblo lo sabía, por lo que se preveía un próximo traslado de Savarino.

–Sobre el caso Colasberna –continuó el capitán– he recibido ya cinco cartas anónimas; para un suceso ocurrido anteayer es un buen número; y llegarán más... «Colasberna fue asesinado por celos», dice un anónimo: y pone el nombre del marido celoso...

–Cosas de locos –dijo Giuseppe Colasberna.

–Es lo que yo digo –dijo el capitán, y después continuó–:... le han matado por error, según otro: porque se parecía a un tal Perricone, individuo que, en opinión del informador anónimo, pronto recibirá el plomo que le corresponde.

Los socios se consultaron con una rápida mirada.

–Puede ser –dijo Giuseppe Colasberna.

–No puede ser –dijo el capitán–, porque al Perricone del que habla la carta le concedieron el pasaporte hace quince días y en estos momentos se encuentra en Lieja, en Bélgica; quizá vosotros no lo sabíais, y desde luego no lo sabía el autor de la carta anónima: pero a alguien que hubiese tenido la intención de deshacerse de él ese dato no se le podía escapar... No os diré lo que se dice en otras informaciones, todavía más insensatas que ésta; pero hay una que os ruego que exa-

minéis bien, porque en mi opinión nos ofrece la pista buena... Vuestro trabajo, la competencia, las contratas: ahí es por donde hay que buscar.

Otra rápida mirada de consulta.

–No puede ser –dijo Giuseppe Colasberna.

–Sí que puede ser –dijo el capitán–, y os diré por qué y cómo. Aparte de vuestro caso tengo muchas informaciones seguras sobre el asunto de las contratas; solamente informaciones, por desgracia, pues si tuviese pruebas... Supongamos que en esta zona, en esta provincia, operan diez empresas concursantes: cada una tiene sus máquinas, sus materiales; cosas que de noche se quedan por las carreteras o junto a las obras en construcción; y las máquinas son cosas delicadas, basta con quitarles una pieza, a lo mejor un solo tornillo, y luego se necesitan horas o días para que vuelvan a funcionar; y los materiales, gasóleo, alquitrán, armazones, es fácil hacerlos desaparecer o quemarlos allí mismo. Es verdad que junto al material y las máquinas a menudo hay una caseta con uno o dos obreros que duermen en ella; pero los obreros, precisamente, duermen; y, por el contrario, hay gente, ya me entendéis, que nunca duerme. ¿No es natural contar con esa gente que no duerme para tener protección? Tanto más cuanto que esa protección os ha sido ofrecida de entrada; y que si cometéis la imprudencia de rechazarla, sucede algo que os convence de que la aceptéis... Claro que hay tipos testarudos: los que dicen que no, que no la quieren, que ni siquiera con el cuchillo en la garganta se resignarían a aceptarla. Vo-

sotros, por lo que parece, sois de los testarudos: o solamente Salvatore lo era...

–De esas cosas no sabemos nada –dijo Giuseppe Colasberna: los demás, con el espanto reflejado en sus caras, asintieron.

–Puede ser –dijo el capitán–, puede ser... Pero aún no he terminado. Así que hay diez empresas: y nueve aceptan o piden protección. Pero se trataría de una asociación un tanto mísera, ya me entendéis de qué asociación hablo, si debiera limitarse solamente al cumplimiento y a las ganancias de lo que llamáis *guardiana*: la protección que ofrece la asociación es mucho más amplia. Obtiene para vosotros, para las empresas que aceptan protección y reglamentación, las contratas de licitación privada; os da valiosas informaciones para concursar en las de pública subasta; os ayuda en el momento del examen pericial; hace que se porten bien los trabajadores... Se entiende que si nueve empresas han aceptado protección formando una especie de consorcio, la décima, que la rechaza, es una oveja negra; no es que llegue a molestar mucho, es verdad, pero el hecho mismo de que exista es ya un desafío y un mal ejemplo. Y entonces es preciso, por las buenas o por las malas, obligarla a entrar en el juego; o a que salga de él para siempre, aniquilándola...

Giuseppe Colasberna dijo «esas cosas no las he oído nunca» y el hermano y los socios gesticularon en señal de aprobación.

–Supongamos –continuó el capitán como si no hubiera oído nada– que vuestra cooperativa, la Santa

Fara, sea la oveja negra de la zona: la que no quiere entrar en el juego, la que hace honradamente sus cuentas a cada convocatoria de contrata y se presenta a concursar sin protecciones, y que, a veces, en especial con el sistema de máximo y mínimo, consigue hacer la oferta buena, precisamente porque ha hecho honradamente las cuentas... Una persona de respeto, como decís vosotros, viene un día a echarle un cierto discurso a Salvatore Colasberna: un discurso que dice y no dice, alusivo, indescifrable como el reverso de un bordado: una maraña de hilos y de nudos, aunque por el otro lado se ven las figuras... Colasberna no quiere, o no sabe, mirar el reverso de tal discurso y el hombre de respeto se ofende. La asociación pasa a la acción: una primera advertencia, una bala que os pasa rozando, ya de noche, hacia las once, al volver a casa...

Los socios de la Santa Fara evitaban la mirada del capitán; se miraban las manos y luego alzaban los ojos al retrato del comandante del Arma, al del Presidente de la República, al Crucifijo. Después de una larga pausa el capitán percutió en el centro de su aprensión.

–Me parece que algo por el estilo le sucedió a vuestro hermano –dijo–, hace seis meses, cuando volvía a casa, hacia las once... ¿No es cierto?

–Nunca lo he sabido –farfulló Giuseppe.

–No quieren hablar –intervino el brigada–, aunque los quiten de en medio a uno tras otro, no hablan: se contentan con dejarse matar...

El capitán le interrumpió con un gesto.